

EDICIONES
BISKAYNE

1 pta

EL BESO

CONRAD NAGEL

GRETA GARBO

143

EL BESO

DEFENDIDO POR LA CENSURA
PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Paseo de la Paz, 10 bis - Tel. 18551 - BARCELONA

EL BESO

Magnífico asunto, dirigido por
JACQUES FEYDER

Producción

Metro - Goldwyn - Mayer

Distribuida por

METRO - GOLDWYN - MAYER

IBÉRICA, S. A.

Mallorca, 220

BARCELONA



Argumento narrado por Ediciones Bistagne

REPARTO:

<i>Irene</i>	GRETA GARBO
<i>André</i>	CONRAD NAGEL
<i>Guarry</i>	Anders Randolph
<i>Lassalle</i>	Holmes Herbert
<i>Pierre</i>	Lew Ayres
<i>Durant</i>	George Davis

EL BESO

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

I

En el Museo de Bellas Artes de Lyon. Una sala solitaria. En un rincón un hombre joven y gentil, y una mujer de singular belleza.

Hablan intranquilos, mirando a un lado y a otro.

—No podemos seguir así, Irene —dice él—. Hemos de tener el valor de afrontar la situación, de no ocultar por más tiempo este amor tan sensato y tan firme.

—Eso es imposible, Andrés.

—¿Por qué imposible? Tu marido no puede negarte el divorcio.

—No le conoces, Andrés. Si la libertad ha de venir de su mano, no la obtendré jamás. El único que

puede libertarme eres tú... Y el único medio llevarme contigo lejos de aquí.

—Nada más sencillo para mí, Irene, que lo que me propones... pero nada tampoco tan peligrosa para ti. No, no consentiré que rompas con la sociedad, no quiero ver pasear tu honor por el barro. Déjame que lo arregle yo todo. Hablaré con tu marido, afrontaré francamente la cuestión.

—Sería nuestro mayor error. Mi marido está horriblemente celoso contra todo y contra todos. Los celos le consumen y me consumen, porque a causa de ello me somete

a una vida espantosa. Si tú lo hablaras aumentarias sus celos y entonces la vida se me haría materialmente imposible. En un momento de locura, podría recurrir a medios desesperados. No, no empeñemos las cosas.

—Entonces, no hay remedio para esta desesperante situación, Irene. Jamás consentiré en que sufra tu honor por culpa de mi corazón

egoísta. Grande es mi amor, pero sabré sacrificarlo. Sin embargo, quiero decirte en esta última entrevista que nunca dejaré de amarte y que ninguna otra mujer ocupará tu puesto en mi corazón.

Hay un temblor en la voz de Irene al contestar:

—Sea como tú quieras. Continuaré mi calvario. También mi amor te será fiel hasta la muerte.



Verdaderamente, la vida de Irene era un calvario. Cuando se casó con Charles, el millonario que le doblaba la edad, era demasiado joven para entrever las consecuencias de su sacrificio. Lo hizo todo por salvar la difícil situación de su familia, de la cual ahora sólo ella quedaba.

Su abnegación la hubiera mantenido siempre en un silencioso sufrimiento y acaso hubiera llegado a cobrar a Charles un afecto fraternal o filial si el esposo le hubiera dado la paz y el respeto a que tenía derecho, como cualquier

persona honrada; pero Charles, desde el primer momento, pareció tan sólo empeñado en hacerla sufrir y en someterla a toda clase de humillaciones.

Era el suyo un amor bestial y tenebroso, que más de una vez había producido en Irene estremecimientos de horror y repugnancia. Y esto se unía a una hostilidad, a una irritación constante, provocada por los celos, que le impedía tener con ella una palabra afable.

En sus miradas había siempre la ofensiva sospecha del adulterio y la sometía a frecuentes interrogato-

rios, mucho más vergonzosos y humillantes todavía, incluso en presencia de los criados.

No contento con eso, con sus indagatorias dejaba entrever a sus amigos la supuesta culpabilidad de Irene, y esto animaba a los hombres a hacerla víctima de su acoso, creyéndola presa fácil.

Tanta humillación, tanta vergüenza, habían podido al fin más que el espíritu de sacrificio de Irene, la cual llegó a cobrar a su viejo esposo un odio acendrado.

Y no era esto todo. Había más, mucho más. Charles no se conformaba con empujarla a la vergüenza pública, torturarla con sus bárbaras sospechas, espiarla y acosarla a todas horas. El viejo millonario se empeñaba en prolongar indefinidamente este estado de cosas.

Un día, ella, en un estallido de desesperación, le había dicho:

—Divorciémonos. Si tan mala me crees, aléjate de mí. Entonces habrá paz para los dos.

Pero entonces él repuso con morbosa complacencia:

—Eso quisieras tú. Pero no, amiga mía. Serás sólo para mí, mientras quede un átomo de vida en mi cuerpo. Pagarás bien caro el odio que me tienes... ¡Mía, sólo mía!... Y si alguien se interpone, si alguien quiere recoger ese amor que no me has dado a mí, lo mataré. Y entonces estrecharé la vigilancia y seguirás siendo mía, sólo mía.

Había un furor sádico; una refinada crueldad en el tono con que estas palabras fueron dichas.

Desde entonces, Irene vió en su marido un monstruo abominable y su desesperación la llevó a sentir horribles tentaciones.

Y entonces comprendió que su calvario se prolongaría indefinidamente.

¿Hasta que Charles muriera? No, hasta que Dios se la llevara a ella, consumida por el dolor.

II

Andrés había sido el primer amor y el único de Irene. El destino, valiéndose de una multitud de incidencias que ella, en su dolor, llamaba malas artes, les había separado cuando ya se creían el uno del otro.

Este había sido el primer gran dolor que la vida ofreció a Irene, y el primero y más amargo desengaño de Andrés.

¿Cómo pudo suceder esto? ¿Cómo amándose como se amaban y siendo la voluntad de los dos unirse de por vida se separaron para siempre? ¿Por qué se alejaron el uno del otro si en su despedida se juraron no olvidarse nunca y guardar culto eterno a aquel amor que no había sido empañado nunca por

nada durante los años felices del noviazgo? ¿Por qué este absurdo? ¿Por qué esta locura?...

Ellos no eran solos. Alrededor de cada uno había una familia, a la que debían respeto y obediencia, porque ni él ni ella tenían edad suficiente para obrar por cuenta propia. Y estas familias habían sido las causantes de aquella gran injusticia, cuyo desastroso alcance no habían podido entrever.

¡Oh, si ellos hubieran sabido el mal que hacían! Acaso habrían sacrificado todas sus conveniencias. Pero no tenían de ello la menor idea. Ni siquiera habían tomado en serio los amores de Irene y Andrés. "¡Eran tan niños todavía!"

El tenía que estudiar. Ella nece-

sitaba pensar en un partido mejor para salvar a su casa de la segura catástrofe que se le venía encima. Así pensaban las familias de cada uno de ellos y así pudieron confabularse para planear aquella separación, aquella enorme y desastrosa injusticia, cuyas consecuencias habían de ser tan perdurables.

A Andrés lo enviaron a estudiar fuera y sus padres se decían que "dentro de un par de meses el chico no se acordaría para nada de Irene ni de aquel amor que más bien parecía un juego".

Sin embargo ¡cuán lejos estaban de la verdad! ¡Qué poco se parecía a un juego aquel sentimiento purísimo que había unido aquellos dos corazones con lazos que sólo la muerte podría deshacer!

Pasaron años y aun seguía guardando con fidelidad aquel amor, contra el que nada pudo la distancia ni las fronteras. De lejos, de muy lejos, seguían enviándose el effluvio intangible de sus amantes pensamientos y uno y otro creían sentir—o realmente sentían—el choque de la lejana y maravillosa corriente sentimental.

Pero las cartas fueron interceptadas despiadadamente y las fami-

lias de él y ella siguieron la cruel lucha de la que, al fin, habían de triunfar al poner la astucia frente a la verdad y a la nobleza.

Mintieron a Irene desvíos de Andrés y a Andrés desvíos de Irene.

Cuando ella aceptó el matrimonio con el millonario no sólo influyó en la decisión el deseo de salvar a su familia, sino la desesperación al creer que Andrés amaba a otra.

Y pasó un año más. Entonces, de súbito, cuando Irene había conseguido ya casi olvidar al que ella creía burlador de los sentimientos de su alma, supo que había regresado y se lo encontró un día en aquel salón de arte en que recientemente habían tenido la entrevista en que concertaron su nueva separación.

Entonces supo de la torpe crueldad de los seres que los amaban o creían amarlos. Entonces supo ver que los nuevos amores de Andrés habían sido una mentira y que también a Andrés le habían mentido de modo semejante.

Los dos perdonaron, que otra cosa hubiera sido impropio de ellos, y los dos se refirieron las incidencias de su vida en aquel largo período de separación.

Irene no pudo contarle sino desdichas, las desdichas de su vida conyugal con aquel hombre abominable. El, en cambio, pudo darle noticias halagadoras. Con tanta fe se había entregado al estudio para olvidarla, que terminó la carrera brillantemente y en pocos meses se había convertido en un abogado famoso. En aquel primer año del ejercicio de su carrera había ganado mucho más que los veteranos más famosos.

—¡Oh, cuánto me alegro!—exclamó ella con los ojos empañados por lágrimas de emoción.

—Yo, en cambio, no siento la menor alegría. Es éste un sentimiento que perdí hace años para no recobrarlo nunca y que en vano trato de conquistar nuevamente. Soy el más frío espectador de mis triunfos. Veo entrar los billetes en mi caja de caudales con absoluta indiferencia. Si cada vez trabajo con más entusiasmo es únicamente para no permitir que mi pensamiento se lance a otras actividades. La gente me cree un hombre ambicioso, cuando no soy más que un desesperado.

—¡Pobre Andrés! ¡Qué loca fui

al no confiar en ti por encima de todas las apariencias!

—También desconfié yo. También creí en la farsa de los míos. Todas las almas, por fuertes y nobles que sean, están expuestas al veneno de la duda. Y esto es lo que sin duda sabían los que nos separaron.

—Te he sido infiel, y éste será un nuevo dolor para añadir a mis muchos dolores. Últimamente casi había logrado olvidarte. Tú, en cambio...

—Yo he sabido ser más fuerte que el desengaño y el despecho. Hay algo así como una reminiscencia de felicidad en la conciencia de este dolor que me purifica. Y ahora, más que nunca, me felicitaré de seguir sufriendo. Esto, cuando menos, aliviará mi conciencia.

—Yo te pediría que hiciéramos un esfuerzo por conquistar esa alegría que hemos perdido. Nuestro amor debe estar por encima de todo. ¿Acaso no es lo más puro y noble de nuestras vidas? Entre nuestros cuerpos se ha levantado una barrera, pero nuestro amor sólo tiene que ver con nuestros espíritus y nada podrán contra él obstáculos materiales. Por encima de las

fronteras, a través de distancias enormes, he podido recibir intangibles vibraciones que de ti venían y he podido enviarte otras que tú habrías recogido también.

—También...

—Esto puede ser un motivo de orgullo y de contento para nuestros corazones. Nuestro amor se ennoblecce con los sacrificios, y más cuando lo que sacrificamos es tan sólo la parte material de él. Deja que proteste la carne; deja que se cleve el espíritu.

—Es un sueño lo que tú pretendes, amada mía. Estamos acosados por el materialismo de la vida. Tenemos nervios que no pueden sobreponerse siempre a los hajos estímulos. Somos, al fin, pobres seres humanos. Ahora mismo yo me doy cuenta de que en vez de sobreponerme a la amargura, no lograré sino que ella se ensañe cruelmente conmigo. ¿Cómo voy a tener paz sabiendo que tú eres tan desdichada? ¿Cómo puedo estar contento pensando en la abominable persecución que hace ese hombre de lo que más quiero en el mundo?

—Es horrible, Andrés... Pero he de hacerte una confesión. Yo no me casé porque creí que habías dejado de quererme. Acaso ello influyera algo en mi decisión, pero la verdadera causa fué que deseaba salvar a mi casa de la catástrofe. Así pagué a los que tan crueles fueron conmigo... con nosotros.

—Jamás he pensado que pudieras amar a ese hombre viejo y enfermizo. La idea de que la codicia te llevara al matrimonio ha pasado por mi pensamiento. Sé qué clase de sentimientos son incompatibles con tu alma. Por eso yo, cuando me enteré de tu boda, exclamé: "¡Pobre mártir!"... A mí me habían hablado de otros amores, en los que llegué a creer. El rival era digno de mí. Por eso recibí con sorpresa la noticia de tu matrimonio con el viejo millonario, y por eso entreví la verdad.

—La triste verdad—repitió Irene como un eco.

—Una verdad que nunca creí que fuera tan cruel. Te llamé mártir, pero sin sospechar hasta dónde había de llegar tu calvario.

* * *

Desde entonces se vieron otras veces, siempre con gran prudencia, para que no sufriera la reputación de Irene.

Eran entrevistas cortas en las que había una extraña mezcla de dolor y felicidad. Se veían durante cinco minutos para no volver a encontrarse en un mes entero.

Nada tan admirable ni tan noble como aquel amor empapado de sacrificio y en el que nadie sospechaba, ni siquiera el celoso marido.

Pero aquellos cinco minutos de estar cerca el uno del otro, de percibir el perfume de sus alientos, de establecer un puro contacto con las manos, de cruzar muy pocas palabras y decirse muchas cosas con los ojos, eran suficientes para que el fuego de aquel inmenso amor, no sólo se mantuviera, sino que aumentara con cada entrevista.

Llegó a ser como uno de esos

amores que cuentan las leyendas, uno de esos amores de maravilla en que por encima de obstáculos gigantescos, los corazones llegan unidos a las tumbas sin que los cuerpos hayan podido unirse jamás.

Ni siquiera una sombra de deseo lo empañaba. Era como si la carne estuviera muda y absorta ante aquel ejemplo maravilloso del espíritu. Se contentaban con sentir el contacto de sus manos y con deslumbrarse mirándose fijamente a los ojos.

Un día se presentó él a la cita lleno de extraña turbación y explicó a Irene que era preciso terminar aquel juego que, a pesar de su prudencia, era un delito. Aquel hombre abominable tenía poderosos derechos sobre ella y ella estaba obligada a llevar su sacrificio hasta el fin. Era indudable que faltaba a sus deberes de esposa con aquellos breves y prudentes idilios. Sólo

cuando estuviera libre tendrían derecho a amarse. Hasta entonces debían limitarse a faltar con el pensamiento, que es lo único que no puede sujetarse a la voluntad.

Ella estaba aterrada, presintiendo lo que él acabaría por decir, y, en efecto, Andrés expresó finalmente su propósito de marcharse al extranjero.

Entonces Irene perdió su serenidad. Ante el temor de una nueva separación definitiva, sucumbió su conciencia. Todo, antes que perder el consuelo de aquellas entrevistas. No le importaba ya su reputación. No le importaban ya sus deberes

conyugales. Estaba harta de aquella tortura prolongada, cada vez más tenaz y cruel. Ya no podía quedarse sola en aquel naufragio de humillaciones y miserias que significaba para ella su vida conyugal.

—¡Llévame contigo! ¡Sácame de este infierno!

Y entonces fué cuando él le propuso afrontar francamente la cuestión ante el miserable esposo y cuando ella se opuso por considerarlo inútil y contraproducente.

Fué la famosa entrevista en el Museo de Bellas Artes de Lyon, aquella entrevista que terminó con un adiós definitivo.

III

Precisamente aquella noche se celebraba una fiesta en casa de Irene. Lo mejor de aquella sociedad se había reunido en los salones y en seguida demostró su alta jerarquía con sus aptitudes para la murmuración.

Un grupo de señoras, en el que imperaba la madurez y la fealdad, era el más activo.

—Pero ¿es cierto lo que usted me dice, amiga mía?

—Tan cierto como que es de noche, querida marquesa. El viejo Charles está con el agua al cuello. El negocio está en plena ruina. Gracias a que su socio tiene un fortúnón enorme y...

—No tan enorme. Todo lo que no sé de Charles sé de su socio, el

amigo Lassalle. Es un hombre audaz para los negocios, pero su insaciable ambición le pierde. Cada día acomete una nueva empresa. Y supongo estará usted enterada de que lo de las minas ha sido un gran fracaso.

—En cambio, la última jugada de bolsa le ha dejado limpias medio millón de libras.

—¿Y cree usted que se prestará a ayudar a Charles?

—Seguramente.

—No sé, no sé.

—Puede usted estar segura. El hijo de Lassalle influirá en ello.

—¿Qué tiene que ver con eso el hijo de Lassalle?

—Pero ¿está usted ciega? ¿No se ha dado cuenta de que el mucha-

cho está enamorado perdidamente de Irene?

—Pero si es un chiquillo...

—Chiquillo o no chiquillo, es el caso que no la deja ni a sol ni a sombra y que ella no hace nada por poner término a su adoración. Irene es muy inteligente y acaso por salvar a su marido y salvarse ella misma de la miseria...

—Va usted muy lejos, querida...

—No hablaría usted así si los hubiera visto como yo más de veinte veces juntos en lugares poco transitados. Ella aparenta tratarle como a un niño, pero vaya usted a saber lo que habrá en ello de verdad.

Precisamente en este momento entraron Lassalle y su hijo Pierre, y la incrédula señora pudo convenirse de lo que su amiga le aseguraba.

Pierre no quitó desde aquel momento los ojos de Irene y en su mirada se leía una pasión violenta e impetuosa muy propia de la edad del muchacho.

En efecto, Pierre estaba locamente enamorado de la joven esposa de Charles, el viejo socio del autor de sus días.

Este amor era como la antítesis del mesurado y profundo de An-

drés. Pierre cometía imprudencia tras imprudencia. Esperaba largas horas a la puerta de casa de Irene para verla salir y la seguía y la abordaba en plena calle, en el paseo, en la tiendas de modas. Allí donde estuviera, Irene se encontraba con Pierre.

Eran inútiles todas las protestas de la acosada y a tal punto llegaba la tenacidad de Pierre, que Irene tuvo siempre que adoptar grandes precauciones las raras veces que había de entrevistarse con Andrés.

Aquella noche no desperdició ocasión de hablar a solas con ella. Estaba muy próxima su marcha a la Universidad y quería llevarse con él una buena provisión de sus miradas, de sus palabras, del perfume de su aliento.

Una de las veces, Irene se des hizo de él dirigiéndose a sus habitaciones particulares con el pretexto de dar instrucciones a sus criados.

En su aposento se encontró con Charles, que hurgaba en la cerradura de su buró.

Al oír sus pasos, se volvió sobresaltado y tal furia le dominó al verse descubierto, que le fué difícil dominarla.

—¡Estos malditos criados todo me lo esconden!

—¿Qué te han escondido ahora?

—Nada, nada. Déjame.

El desdén y la ira se mezclaron en estas palabras.

Ella sonrió dolorosamente.

—Estos días estás muy excitado, Charles.

—Para ti todos los días estoy excitado.

—Pero hoy te veo más excitado que nunca. ¿Qué te sucede?

—¡Bah! No te preocupen. Cosas del negocio.

—¿Acaso no mejora la situación?

—¡Mejorar, mejorar!... Estamos a las puertas de la ruina.

—Ten paciencia, hombre. Dios nos ayudará.

—Así sois las mujeres. Os encogéis de hombros ante los trances difíciles de la vida y os confiáis a la voluntad de Dios. Realmente es un sistema muy cómodo.

Le volvió la espalda y se marchó.

Irene comprobó en todos los demás muebles de la estancia las huellas del espionaje de su marido. Ni siquiera sentía ya deseos de protestar. Renunciaba a defenderse. Se sentía impotente para seguir luchando. Además, Andrés, en la entrevista de aquella tarde, le había dado un ejemplo de abnegación y estaba dispuesta a imitarlo.

Al volver al salón halló a su esposo en el vestíbulo hablando con un hombre cuyo porte le llamó la atención.

Cesaron de hablar al verla a ella y entonces Irene comprendió que se trataba de un policía o de un detective particular a quien Charles había encargado de espiarla.

No experimentó por ello la menor inquietud. Estaba segura de que ni aquella tarde ni ninguna otra la había sorprendido hablando con Andrés, pues las precauciones que habían adoptado eran superiores a la inteligencia de cualquier policía.

Y continuó su camino hacia el salón con un gesto de magnífica indiferencia.

IV

El corrillo de murmuradoras la cogió por su cuenta e Irene no tuvo más remedio que soportar la charla insulsa de aquellas damas durante un buen rato.

De pronto, se estremeció ligeramente. Andrés acababa de entrar en el salón. Estaba allí, charlando con unos amigos y mirándola de reojo, imprudencia impropia de quien tantas y tantas muestras de sensatez había dado.

Concibió en seguida Irene el propósito de hablar con él a solas, pero se le adelantó Charles, el cual saludó muy cordialmente al joven abogado.

Esto fué para Irene una nueva prueba de que el policía no tenía la menor idea de las discretas y rápidas entrevistas en las salas de los

Museos y en otros lugares semejantes.

Sin embargo, algo desagradable debía de haber comunicado a su esposo, pues éste, una vez terminó de hablar con Andrés, le dirigió algunas miradas en las que Irene leyó un mal oculto relampagueo de odio.

Vió que Andrés salía al jardín y le pareció que le dirigía una mirada significativa de que le siguiera.

Cada vez más extrañada de tanta audacia, Irene se excusó ante sus amigas y se dirigió al jardín, después de dar algunas vueltas por los salones para esperar el momento oportuno de la salida.

Se reunieron en una glorieta, donde reinaba una penumbra deliciosa. La luz lejana llegaba hasta

allí a través de las frondas simulando ambarinos encajes. Había alrededor de ellos un rumor de hojas estremecidas.

Ella le censuró:

—¿Por qué has venido? Habíamos convenido no volver a vernos.

—Es el adiós, Irene. Nos habíamos despedido como si nos fuéramos a ver otro día cercano. Mañana me marché a París.

—Es espantoso, Andrés. En la sombra de mi vida sólo había una pequeña luz. Y ahora esa luz va a apagarse.

—Hay que ser fuertes, querida. Piensa que nuestra conciencia y nuestro honor es lo único que se ha salvado del naufragio.

—Dices bien. Hay que ser fuertes. Esta tarde tuve un momento de locura, pero ese momento ha pasado. Adiós, Andrés de mi alma.

Le había tendido la mano y él la tomó. Inclino sobre ella la cabeza e Irene notó que un calor de lágrimas la cubría.

También lloró ella. Se miraron, se miraron largamente.

Por un momento pareció que aquellos labios iban a unirse bajo la protección de las frondas oscuras y estremecidas. Fascinados por la mutua mirada, las cabezas fueron acercándose con un movimiento de embriaguez o de éxtasis.

Pero, de pronto, los dos fueron sacudidos por una corriente que les hizo reaccionar. Era que en el momento de la emoción, ésta había sido tan fuerte y tan violenta, que les hizo volver a la realidad.

—¡No! —dijo él—. Seamos fuertes hasta el fin.

—Es verdad.

Y se estrecharon las manos con energía y orgullo, satisfechos de haber salido con bien de aquella única y suprema tentación.

Y con el apretón de manos cambiaron un adiós en el que iba por una y otra parte effluvio del alma, un adiós que rompió la congoja y que tuvo una resonancia trágica bajo la caja musical de las frondas estremecidas.



Al día siguiente nada hizo presentir a Irene que algo trascendental iba a ocurrir en su vida.

Estaba jugando al tenis en el campo de su finca cuando llegó Pierre dispuesto como nunca a importunarla. Había en sus ojos huellas de insomnio. Estaba pálido. Sin duda, aquel muchacho sufría.

Irene se compadeció de él. Ella no era culpable de aquel disparatado amor, pero era la causa y todo lo que a Pierre pudiera suceder a consecuencia de aquella pasión loca e impetuosa estaría relacionado con ella.

Un amor así siempre constituye un homenaje digno de gratitud, y lo que hubiera de torpe y pecaminoso en aquel sentimiento dirigido a una mujer casada, podía perdonarse teniendo en cuenta la poca edad de Pierre.

Además, y esto era lo principal, Pierre iba a partir para comenzar sus estudios y sería un cargo de conciencia no alentarle en los comienzos de su tarea. Si Irene lo hubiera tratado con dureza o desdén, Pierre, exasperado, habría sido capaz de echarlo todo a rodar, comenzando por la carrera. Por eso ella le había tratado siempre con suavidad e incluso con dulzura, y en ello no podía haber nada pecaminoso, porque la misma Irene había puesto al padre de Pierre al corriente de lo que ocurría.

Pierre se iría lejos y unas semanas de separación bastarían para que se le fueran de la cabeza aquellos pensamientos y del corazón aquellos sentimientos, pasajeros como todo lo que es demasiado impetuoso.

Aquel día, el de la víspera de su

marcha, Irene sería más condescendiente con él que nunca.

En el momento en que fué a saludarle, unas muchachas le desafiaban a un partido de tenis y él contestaba con una brusquedad.

Irene le reprochó:

—¿Por qué ha de ser tan rudo con esas muchachas?

—No me interesa jugar al tenis con esas mocosas.

—¡Pero, Pierre! Esas muchachas tienen la misma edad que usted.

—No, Irene. Perdóneme. Entre ellas no hay ninguna que haya cumplido los veinte años.

—¡Caramba! Si está usted a las puertas de la senectud.

—No se ría, Irene, pues hoy he venido a decirle algo muy serio.

—¡Qué lástima! ¡Tanto como me gusta a mí que los muchachos tengan buen humor! A los veinte años no sienta bien la austeridad. Entonces ¿qué dejará usted para cuando cumpla los cuarenta?

—De usted depende que esté triste o contento.

—¿De mí?

—Sí, de usted.

—Procuraré por todos los medios que no le falte la alegría.

—Irene, usted sabe que mañana

me marcho a la universidad y que estaré mucho tiempo sin verla.

—Lo sé, querido Pierre. Y tanto Charles como yo lo echaremos mucho de menos.

—Le suplico que no mezcle a Charles en este asunto. Usted sabe que a mí me importan muy poco los sentimientos de su esposo hacia mí. Usted sabe que... yo la amo.

—¡Ya salió aquello! ¿Pero, ¿no comprende usted, querido mío, que eso es un disparate? Yo puedo ser su madre de usted.

—Usted es la mujer más bella que he conocido y no me importan los años que pueda tener.

—Además, hay una razón poderosísima para que usted no diga eso. Yo soy una mujer de honor; yo tengo un marido; es más, un marido al que amo.

—Eso no es verdad, Irene. Bien que lo respete usted como corresponde a una mujer de su condición moral, pero no diga usted que le ama, porque yo sé que no es cierto.

—¡Silencio, Pierre! No dé usted lugar a que me enfade.

—Perdóneme, Irene, pero si usted supiera cómo...

La amargura había roto estas

palabras. Irene se compadeció sinceramente.

—Bien, bien; no nos pongamos melancólicos. ¿Eso era todo lo que me tenía usted que decir?

Pierre hizo un movimiento negativo con la cabeza. Parecía no atreverse a explicarse de otro modo.

—Entonces ¿qué más le ha traído por aquí?

—Pues quería... quería... un retrato de usted.

—¿Y para qué quiere eso?

—Para llevarlo siempre conmigo, para hacerme la ilusión de que siempre la tengo cerca.

—¿Ve usted cómo no es razonable? Le daré el retrato, pero no para eso, sino para que me recuerde siempre como una buena amiga que le desea muchos éxitos en los estudios.

—¿De veras me dará usted el retrato? ¡Oh, gracias, gracias!

—Pero ahora no. Ya lo buscaré esta tarde y se lo daré cuando venga usted a despedirse de nosotros.

—Vendré por él esta noche.

—Bien, pero vaya a jugar al tenis con las muchachas.

—Haré lo que usted me mande.

V

Al mismo tiempo otra conversación también muy interesante tenía lugar entre Charles y su socio Lassalle en la casa de este último.

Charles había ido a exponerle lo desesperado de su situación económica. No podría resistir una semana más. Si antes de ese plazo no tenía un ingreso considerable, eso equivaldría a declarar la quiebra.

Lassalle le prometió ayudarle. Mientras él tuviera dinero en su caja, no tendría su antiguo socio y amigo que pensar en quiebras.

—Gracias, amigo mío; no esperaba menos de ti.

—¿Y cuánto necesitas?

—Mucho.

—Pero, ¿cuánto?

Con cierta timidez, Charles expuso la cantidad.

Lassalle se sobresaltó.

—¡Caramba, chico, verdaderamente... ¡Pero, en fin! ¡Alabado sea Dios! Ven esta noche y tendré preparado el dinero.

Por la noche, Charles se mostraba extraordinariamente nervioso y abatido.

Irene quedó aterrada al ver su rostro pálido y demudado. Se lo hizo ver, pero él, como siempre, respondió con una brusquedad.

—¡Qué me importa a mí mi salud! Otras cosas más importantes tengo que pensar y una de ellas es la salvación de mi negocio. Esta noche iré a casa de Lassalle a ver si puede hacer algo por nosotros. La otra... De eso ya hablaremos cuando regrese.

Al mismo tiempo le dirigía una mirada amenazadora.

Y esta mirada hizo pensar a Irene:

—¿Qué injurias habrá levantado contra mí el detective?

Sin embargo, recomendó a Charles:

—Debes dejar esa visita para mañana. Esta noche no estás para salir.

—Acaso después no te muestres tan amable.

—Yo me mostraré siempre igualmente resignada con tus injusticias, Charles. Puedes estar seguro.

El lanzó una carcajada en que la desesperación se mezclaba al sarcasmo y manifestó:

—Me voy a casa de Lassalle. Sin duda me estará ya esperando.

Y salió de la casa sin una palabra de despedida.



Estaba abstraída, con el pensamiento puesto donde siempre lo tenía, cuando se sobresaltó al ver al lado de ella una sombra.

Era Pierre.

—Pero, ¿por dónde ha entrado usted, demonio?

—Por la puerta. Estaba abierta: Siento haberla asustado.

—Está visto que usted se ha propuesto no dejarme vivir tranquila. Siempre que le veo me he de lle-

var algún susto.

—Siento mucho causarle tanta molestia.

—Ha venido usted por el retrato, ¿verdad?

—Sí, y a despedirme.

—Pues habrá de marcharse en seguida, porque Charles no está en casa.

—¿Qué importa Charles para que me dé usted el retrato que me ha prometido?

—Está visto que he de hacer siempre lo que usted me mande. Le voy a dar el retrato.

—Es muy triste para mí que en nuestra última entrevista me trate usted con tanta dureza.

Irene rió de buena gana.

—¿Qué chiquillo es usted! ¿Todavía no le parece bastante lo que estoy haciendo?

—Irene, yo quiero llevarme un buen recuerdo de usted. Le aseguro que si esta noche es usted un poco... dulce conmigo, tendré ánimos para afrontar todos los obstáculos que se me opongan en mi carrera.

—Le voy a dar el retrato en seguida. Se lo ha merecido usted.

Se dirigió a su habitación y cuando iba a volver con el retrato, se encontró con que Pierre estaba también en el aposento.

—Aquí lo tiene usted.

—Irene...

Y la miraba, la miraba con una inocente osadía que no la inquietó lo más mínimo.

—¿Más todavía?

—¡Por Dios, Irene, sea usted buena conmigo!

—¡Pida usted por esa boca, hombre de Dios!

—Es muy grande lo que quiero pedirle.

—Muy grande debe de ser cuando tanto le cuesta.

—Irene, yo quería que... que me diera usted un beso de despedida.

—Para que vea usted hasta dónde llega mi condescendencia, se lo voy a dar.

El tuvo un gesto de alegría.

—Pero con una condición—añadió Irene.

—¿Cuál?

—Que se lo he de dar a la puerta y que usted ha de marcharse inmediatamente.

—Conforme.

Y se retiró hasta el umbral.

—Ya estoy en la puerta.

Se estremeció de anticipado placer al ver que Irene se dirigía hacia él para ofrecerle los labios.

* * *

Aun estaba el auto a mitad del camino cuando Charles se sintió realmente enfermo. Se le iba la cabeza. Razón había tenido Irene al

decirle que dejara la entrevista para el día siguiente.

Dió orden al chofer de que regresara a casa.

VI

Al llegar a la habitación de Irene quedó sorprendido, desconcertado, clavado en el suelo por el asombro.

Allí estaba Irene, a la puerta, y allí estaba también un joven en el que en seguida reconoció a Pierre, el hijo de su socio.

Y se estaban besando.

Entonces creyó lo que no había podido creer. El detective le había hablado de unos supuestos amores entre Irene y el hijo de Lassalle, alegando que les había visto juntos y solos más veces de las que es prudente atribuir a la casualidad, pero él no pudo creer que la maldad de Irene llegara a tanto. ¿Seducir a un chiquillo que era considerado en la casa casi como de la

familia! Eso era una monstruosidad.

Y he aquí que ahora las pruebas de la monstruosidad se ofrecían a sus ojos y con la agravante de que el delito se cometía bajo su propio techo.

El beso fué breve. Por eso pudieron darse cuenta en seguida de la presencia de Charles.

Los dos se inmutaron. Ella porque comprendió que le esperaba una escena desagradable en que le costaría gran trabajo de convencer a Charles de que en aquel beso no había nada pecaminoso; Pierre porque dió un beso de amor, de pasión verdadera y sabía que este beso era una ofensa para el hombre que tenía delante.

Charles sonreía con desvarío.

—Ya me habían hablado de estos amores, pero nunca pude suponer en ti tanta monstruosidad.

Irene se irguió, herida en lo más profundo de su honor y de su conciencia.

—Es preciso estar loco para suponer...

—¡Calla, víbora! Podría matarte ahora mismo como a un perro, pero no estoy todavía dispuesto a quedarme sin ti. Ni por ese lado vas a tener tu codiciada liberación. En cambio, a este canalla...

Antes de que Pierre hubiera tenido tiempo de defenderse, se apoderó de una figura que descansaba en un pedestal junto a la puerta y descargó un tremendo golpe en la cabeza del muchacho.

Pierre se desplomó con la frente ensangrentada y entonces Charles se

abalanzó sobre él y le cogió del cuello.

Aturdido por el golpe, el muchacho no podía defenderse y era evidente que iba a morir ahogado por las viles manos de Charles.

—¡Suelta, suelta! —gritó Irene ardiendo de indignación—. ¡Tú sí que eres un monstruo, tú sí que eres un asesino!

Pero Charles seguía apretando, apretando en tanto una feroz sonrisa se dibujaba en su semblante.

Entonces Irene, ciega de cólera, respondiendo a mil pensamientos que en un fragmento de segundo pasaron por su mente, en fugacísimas imágenes que eran como llamadas, se dirigió a su buró, empuñó su revólver y disparó contra Charles.

Y Charles se desplomó sin vida.



Irene quedó estupefacta, con el humeante revólver en la mano, incapaz de hacer nada, ni siquiera de guardarlo.

Pierre se incorporó penosamente. Primero se llevó las manos al cuello, donde creía tener todavía la mortal tenaza. Después se sujetó la cabeza, de cuya herida seguía manando la sangre.

Confusamente, comenzó a darse cuenta de todo al ver el cuerpo de Charles en el suelo y al ver el revólver en la mano de Irene.

—¿Qué ha hecho usted?—exclamó dirigiéndose a ella para quitarle el revólver.

Ella se lo dejó arrebatar.

Ni a aquello ni a nada podría oponer resistencia. Un frío desfallecimiento se había apoderado de toda ella, y en tanto los ojos, desmesuradamente abiertos, se fijaban en el cadáver, sus brazos pendían como muertos a lo largo del cuerpo maravilloso.

—No tema — dijo Pierre guardándose el revólver—. Váyase de aquí. Yo la salvaré. Diré que he sido yo quien lo ha matado. Realmente, debí hacerlo cuando la insultó a usted tan villanamente.

—No, no. Es usted quien se ha de ir. Deje el revólver en el suelo y váyase sin que lo vean. Su herida en la frente le delataría.

Así lo hizo Pierre, forzado por las súplicas de Irene, pero manifestó:

—Si usted no sale de aquí no saldré yo tampoco. No puedo dejarla sola en el peligro.

—Váyase, váyase.

No se daba cuenta exacta de lo que sucedía a su alrededor. Las piernas se negaban a sostenerla y por su pensamiento giraba y giraba una idea tenebrosamente, como una mariposa de maleficio. "Tenía que suceder... Tenía que suceder".

Se oyeron pasos de pronto y antes de que Irene pudiera darse cuen-

ta, ya estaba Pierre fuera del aposento, dispuesto a afrontar la situación.

Era su padre que iba en busca de Charles, extrañado de que no hubiera acudido a la cita.

—El criado no sabe si Charles está en casa. ¿Le has visto tú?

Tuvo un gesto de sorpresa al ver la herida en la cabeza de Charles.

—¿Qué ha pasado? — exclamó abalanzándose sobre él.

—Charles está ahí... muerto.

Entró en la habitación. Al ver el rostro demudado de Irene comprendió que era ella la homicida.

—¿Ha sido usted, Irene?—preguntó.

Ella movió la cabeza afirmativamente.

—¿Y qué hacen ustedes aquí, empantanados?

Irene se encogió de hombros.

—Es lo mismo, todo es lo mismo...

—Salga usted de aquí. Vuelva después, finjase sorprendida, llame a los criados...

—Es lo mismo, todo es lo mismo.

—Obedezca, Irene—dijo Lassalle con energía—. Yo volveré luego a ayudarla. Nadie ha oído ni visto nada. Los criados andan por el otro lado de la casa tan tranquilos...

Rodeó con un brazo los hombros de Pierre y se lo llevó. Antes de entrar en cada nueva habitación, Lassalle se cercioraba de que no había nadie en ella.

Así pudieron llegar hasta el automóvil.

Y el automóvil partió conducido por Lassalle. La cabeza de Pierre se apoyaba en su hombro.

VII

Le llevó a su habitación y le depositó en la cama.

A todos los que le preguntaban les decía lo mismo.

—Se ha caído del auto. Excesiva confianza en su agilidad.

Llamaron en seguida al médico y éste dijo que la herida no tenía importancia.

Cuando se fué el galeno, Lassalle hizo que su hijo se lo explicara todo y aunque Pierre se negó en un principio por lo que en aquellos hechos pudiera haber de inconveniente para Irene, acabó por sincerarse y Lassalle conoció la historia completa del homicidio.

—Es preciso que salve a esa mujer, papá—dijo al fin—. No puedo consentir que la culpa recaiga enteramente sobre ella.

—La culpa no debe recaer sobre nadie, y menos sobre ti. Que no se te ocurra decir a nadie que has estado esta noche en casa de Irene. Tú sólo has de decir si acaso te preguntaran, lo que voy a decirte yo.

Y le hizo un relato detallado de sus planes.

Después se marchó a casa de Irene, para prevenirla a ella también.

En la casa había ya mucha agitación. Irene había puesto al corriente a los criados del hallazgo del cuerpo de su esposo, sin dar la menor explicación, pues en aquel momento no estaba para nada.

Lassalle se fingió muy sorprendido por todo lo que allí ocurría y se hizo conducir a presencia de Irene.

aunque los criados sostenían que la señora no quería recibir a nadie.

Irene estaba caída más que sentada en un butacón en el que desaparecía casi todo su cuerpo.

De sus ojos no había salido una lágrima. Más que dolor, lo que sentía era un desconcierto profundo, una perturbación que parecía locura.

Tenía la mirada fija en el suelo y sus brazos descansaban sobre los del sillón con abandono.

Apenas se dió cuenta de la presencia de Lassalle.

—Vamos, amiga mía, hay que ser fuerte en este momento decisivo. Un poco de valor ahora y le aseguro a usted que no tendrá que temer nada.

—Es lo mismo, todo es lo mismo...

—No es lo mismo, no. Es preciso que usted se defienda. ¿Acaso no tenía usted sobrados motivos para hacer lo que ha hecho?

Ella movió la cabeza negativamente.

—Nunca hay motivo para arrancar al mundo una vida.

—Entonces, ¿ha sido un asesinato?

—No, no — protestó Irene vivamente.

—¿Quiere usted explicarme por qué ha hecho lo que ha hecho?

—Porque ya no podía más.

—¿Acaso Charles la maltraba?

—Charles me sometía a bárbaras crueldades. No me pegaba, no, pero era peor que si me pegase. Ha hecho que la gente ponga en duda mi honorabilidad, me insultaba brutalmente, me perseguía...

—Usted debió romper con él.

—¡Ojalá hubiera sido eso posible!

—¿Por qué no le habló usted francamente?

—¡Qué poco sabe usted de lo que ha sido Charles en su vida íntima! Cuando yo, en un momento de desesperación y locura como el de esta noche, colmada ya mi paciencia, le pedí la separación, él se rió de mí asegurándome que ese momento no llegaría mientras él viviera.

—Es absurdo.

—También lo es que esta noche, al sorprenderme dando a su hijo un beso de despedida como podría darlo una hermana mayor, le aco metiera a él y no a mí. Si su perversidad le ha hecho ver en ese beso algo pecaminoso, la pecadora

tenía que ser yo y no él. Sería yo la que hubiera faltado a un santo deber y no él que no tiene a nadie a quien guardar fidelidad. Si tan mala me creía debió de sospechar que yo había seducido a su hijo y que él, con la inexperiencia de sus pocos años, se había limitado a dejarse seducir. Pues bien, si era yo la pecadora, si era yo la perversa, ¿por qué no trató de ahogarme a mí? Ese era Charles. No se conformaba con insultarme, con hundirme en el cieno, sino que quería tenerme a su lado para gozar de mí como de una cualquiera y para vengarse haciendo interminable la tortura de supuestas infidelidades.

—Es asombroso todo eso que usted me cuenta. Creía a Charles un pobre necio, pero nunca un monstruo.

—Yo quisiera poder contarle a usted hasta qué punto he sido fiel a Charles, los sacrificios que he hecho mi corazón por no faltar a la promesa de fidelidad que le hice al casarme con él, a pesar de lo poco merecedor de respeto que era. Pero esta nueva prueba de lo que era yo y de lo que era Charles no podré dársela nunca. Bástele saber que a sus crueldades y a sus insultos,

a su refinada y monstruosa perversidad, he respondido yo sacrificándolo todo: ilusiones, sueños, anhelos, esperanzas... todo, todo; me enterré voluntariamente en vida cuando un cielo de felicidad me abría sus puertas. ¿Va usted comprendiendo ya por qué he matado a Charles?

—Lo que no comprendo es cómo tuvo usted tanta paciencia.

—Mucha, mucha paciencia he tenido, aunque me ha servido de bien poco, pues ha llegado el momento en que la desesperación lo ha echado todo a rodar. Años y años de resignación y sacrificio para que esta noche, en un segundo, mi entereza fracasara. Ha sido como el estallido de una caldera. La indignación se ha ido almacenando en mi alma durante meses y meses, años y años. La válvula de la abnegación funcionaba siempre. Pero esta noche ha sido superior a mis fuerzas. Realmente tenía que haber sido un monstruo yo para tolerar los brutales insultos que me ha dirigido. Me ha supuesto capaz... ¡es imbecil!... de ser la amante de su hijo. Después se ha abalanzado sobre él para matarle y le habría matado de no intervenir yo. Piense usted que desde



—... También mi amor te será fiel hasta la muerte.



En sus miradas había siempre la incógnita sospecha del adulterio...



... y la sometía a frecuentes interrogatorios, mucho más vergonzosos y humillantes todavía, incluso en presencia de los criados.



... y esto animaba a los hombres a hacerla víctima de su acoso.



Andrés acababa de entrar en el salón. Estaba allí, charlando con sus amigos y mirándola de reojo.



— Debes dejar este viaje para mañana. Esta noche no estés para salir.



...apuntó su revólver...



- ¿Qué ha pasado?



... Lassalle hizo que su hijo no lo explicara todo...



... Después de largos trabajos en el lugar del suceso...



— Papá, deseo visitar a Irene.



Y Pierre partió al día siguiente hacia la universidad.



— ¿Por qué han venido? No quiero verte mezclada en este asunto.



— Bueno, me marcharé.



...hube de hacerte tomar un calmante apenas entraron en la sala.



— No me importa la opinión de la gente.

entonces habría tenido que soportar la compañía de un hombre que a sus muchas faltas añadiría desde entonces la de ser asesino. Porque era un asesinato lo que iba a cometer. Ha golpeado a su hijo a traición y trataba de ahogarlo cuando él, aturcido por el golpe, no podía defenderse. Yo hubiera sido cómplice de ese crimen si no hubiera defendido a Pierre. En vano he tratado de librarle de las garras del monstruo. Mis pocas fuerzas no me permitían hacer más que lo que he hecho. ¿Comprende usted ahora que haya matado a mi marido?

Profundamente conmovido, Lassalle contestó:

—Irene, es usted una mujer magnífica... ¿Cómo no voy a comprender y agradecer si ha salvado usted la vida a mi hijo?

Y añadió tras una breve pausa:

—Por eso es necesario que usted se salve a toda costa.

Irene se encogió de hombros con un gesto de hastío.

—No, no hay que encogerse de hombros. No dé usted lugar a la justicia a que cometa con usted una injusticia. ¿Ha contado usted algo a los criados?

—Nada. Me he limitado a decirles que he encontrado a mi esposo muerto.

—Perfectamente. Ahora es preciso hacer creer lo mismo a la policía. Haga usted un supremo esfuerzo. No confiese nunca. Estoy seguro de que Dios la perdonará así como de que los hombres no la perdonarían. Usted diga que no sabe nada de cómo pudo haber ocurrido el incidente. Entró en su habitación y se encontró allí a su esposo muerto. No oyó ningún disparo. No oyó nada; no sabe nada. No le importe que le dirijan preguntas habilidosas, no le importe si incurre en alguna contradicción. Usted sostenga siempre que no oyó nada, que no sabe nada, que al entrar en su habitación encontró a Charles muerto. Y nada más. Tengo un plan. Deje lo demás de mi cuenta.

VIII

A la mañana siguiente comenzó la labor de los celosos policías.

Después de largos trabajos en el lugar del suceso, un inspector entró en la habitación donde estaba Irene y comenzó a acorralarla a preguntas.

—Señora, no tengo más remedio que interrogarla.

Irene tuvo un gesto de hastío y de fatiga.

—Yo nada sé sino lo que ustedes ya saben. ¿Qué van a adelantar con torturarme?

—Es preciso, señora...

Irene se encogió de hombros.

—Da lo mismo. Todo es lo mismo ya.

—¿Por qué, señora? ¿Qué quiere usted decir?

Ella reaccionó.

—Me he quedado sola, abandonada, sin nadie que me defienda de los embates de la vida... y en plena ruina.

—Es muy interesante eso que usted me dice. ¿Está usted arruinada? ¿Estaban ustedes arruinados?

—Así me lo dijo mi esposo muchas veces en estos últimos días.

—Es un dato de mucho valor. Gracias.

El inspector se volvió a un taquígrafo que estaba a su lado.

—Tome usted nota. Escriba este detalle con toda claridad.

Y añadió dirigiéndose a Irene:

—Cuanto más sincera sea usted antes terminaremos.

—Yo le agradecería que dejara

el interrogatorio para más adelante. ¿No comprende usted que no estoy en condiciones de pensar y recordar? No puedo responder de la justeza de mis declaraciones.

—No se preocupe, señora. Usted haga lo que pueda y la Justicia se lo agradecerá. Yo siento mucho tener que molestarla en estos momentos para usted tan dolorosos. Ha perdido usted al ser que más quería en el mundo. ¿No es cierto, señora?

Y la miraba fijamente a los ojos.

Aquella mirada y aquella pregunta turbaron a Irene profundamente.

Había un punto de ironía en aquella alusión a su cariño hacia Charles. Cuando menos era una pregunta que tenía visos de trampa.

—Naturalmente — repuso Irene, tratando en vano de poner firmeza en sus palabras—. Era mi esposo... era el único ser que estaba unido a mí por lazos tan fuertes como los de la sangre.

—Claro, claro.

Y se volvió al taquígrafo:

—Esto no es necesario que lo apunte usted. ¡Es tan natural!

Otra vez los penetrantes ojillos del inspector se clavaron en Irene.

—¿Tiene la bondad, señora, de contarme cuanto sucedió anoche?

Irene se estremeció. Tenía la seguridad de que incurriría en muchas torpezas. Aquel hombre, aquellos ojillos impasibles y duros la conturbaban, la inquietaban.

—No puedo, no puedo recordar... ¡Fué horrible!

—Por favor, señora. Acabemos cuanto antes. Me apena verla sufrir de ese modo. Un pequeño esfuerzo y la dejaré en paz. Usted recuerda, ¿vaya si recuerda! ¿Cómo, si no, diría que fué horrible?

Y se volvió al taquígrafo:

—Apunte usted eso.

Continuó, dirigiéndose a Irene:

—¿Oyó usted entrar a su esposo?

—No.

—Se comprende. Nadie lo oyó entrar. Únicamente el chofer sabe que entró porque lo trajo a casa en el auto. Los criados no lo oyeron entrar. Si usted estaba con los criados, al otro lado de la casa, tampoco pudo oírlo entrar.

—Eso es.

—Apunte, apunte usted. La señora estaba con los criados al otro lado de la casa. Esto va muy bien. Terminaremos en seguida. Dígame,

señora. ¿Qué nombre tienen los criados con los que usted departía cuando llegó su marido?

Irene quedó perpleja. Era indudable que el inspector ya sabía por los criados que ella no les acompañaba en aquel momento.

—No... no estaba con los criados.

—Acaba usted de decir que estaba con los criados.

—Lo ha dicho usted. Yo me he limitado a asentir. Pero he querido decir que estaba al otro lado de la casa, como los criados, no con ellos.

—Entonces ¿dónde estaba usted?

—En el jardín.

—Perfectamente.

Y dirigiéndose al taquígrafo:

—Otro dato interesante. La señora estaba en el jardín.

Otra vez se volvió a Irene.

—Estando en el jardín es muy natural que no oyera el ruido del disparo. Tampoco lo oyeron los criados y estaban dentro de la casa.

—Precisamente.

—¿Y no le extrañó ver pasar el auto cuando el chofer lo llevó al garage?

Irene se mordió los labios. En efecto, al llevar el chofer el auto

al garage cuando Charles regresó inopinadamente, tenía que haber pasado por el otro lado del jardín.

—Sí, me extrañó.

—Debió usted sospechar que había llegado su marido.

—No sospeché nada—repuso Irene rápidamente.

—Escriba usted: la señora no sospechó nada, cuando vio pasar el auto por el jardín.

Y cuando el taquígrafo había escrito, el inspector se dió un golpe en la frente.

—¡Pero ahora que me acuerdo! El auto no entró en el garage hasta lo menos una hora después de haber llegado su esposo. Este no dió al chofer orden de que se retirara y él esperó por si su marido volvía a bajar. Sólo cuando se enteró de la desgracia fué a encerrar el auto. Es sorprendente, señora, que lo viera usted pasar si no pasó.

Irene se irguió iracunda.

—Me aturde usted. Sería capaz de hacerme decir que lo blanco es negro. No vi pasar auto ninguno y si dije lo contrario fué para que usted me dejara en paz cuanto antes. Váyase. No saldrá una palabra más de mis labios. Apunte usted, taquígrafo: *No vi el disparo, no vi entrar*

a mi marido. No sé nada. No sé cómo ocurrió el incidente; sólo sé que al entrar en mi habitación encontré a mi esposo muerto.

—¡Por Dios, señora! — exclamó el inspector—. No se ponga usted así. Un olvido cualquiera lo tiene. Había olvidado las declaraciones del chofer. El taquígrafo apuntará lo que usted quiera. Cuéntele a él mismo cómo fue el encontrarse usted con el cadáver de su esposo.

—Yo llegué frente a mi habitación. Iba a acostarme. Lancé un grito de sorpresa al ver que mi esposo estaba en el suelo, bañado en sangre.

—Perfectamente. El grito no debió de ser muy fuerte. Un grito lanzado en el pasillo se extiende por toda la casa y ese grito nadie lo oyó.

—Puede usted gritar en el pasillo cuanto quiera y no le oirán al otro lado de la casa. En ese caso se tendría que haber oído también el estampido del revólver.

—Tiene usted razón, señora. Reconozco mi falta de lógica... Escriba usted lo que le ha dicho la señora. Lanzó un grito desde el pasillo al ver el cuerpo de su esposo en

el suelo. ¿Quiere usted seguir, señora?

—Abrí la puerta y entré. Comprobé que estaba muerto y llamé a los criados.

—Un momento, señora. ¿Por qué dice que abrió la puerta si estaba abierta de par en par.

—No estaba abierta de par en par.

—¿Pues cómo estaba?

—Estaba entornada.

—No puede ser. De estar entornada, usted no hubiera visto el cuerpo de su esposo en el suelo. Fíjese usted en que la puerta se abre por el lado derecho y su marido cayó en el izquierdo.

Otra vez se sintió cogida Irene.

Pero ahora ni siquiera tuvo fuerzas para indignarse.

—Está bien. No podía ver el cuerpo de mi marido. ¿Qué más quiere usted que le diga? Pida y le diré cuanto desee. Es el único modo de no volverse una loca. ¿Quiere usted que le diga que era de día cuando descubrí el cuerpo exánime de mi marido? Pues bien, era de día... ¡Apunte, apunte, taquígrafo!

El inspector se puso en pie.

—Lamento tener que detenerla,

señora, hasta que recobre la serenidad y no incurra usted en contradicciones.

—Perfectamente. Todo es lo mismo.

En presencia del juez también hi-

zo Irene una declaración llena de contradicciones.

Y también el juez, "sintiéndolo mucho", tuvo que dictar auto de procesamiento y prisión contra Irene.

IX

La noticia causó la sensación consiguiente en la buena sociedad de Lyon y en toda Francia.

Sobre todo las mujeres, comentaban apasionadamente el misterioso caso.

La esposa incurría en contradicciones, pero no había una sola prueba que demostrara su culpabilidad.

Los hombres la culpaban sistemáticamente y no solían preocuparse de más. "Ellas" defendían al sexo con ese ciego y unánime compañerismo de las mujeres para los casos de peligro.

Los reporteros llenaban páginas enteras de los periódicos con informaciones y comentarios en que cada uno se atribuía la perspicacia de Sherlock Holmes.

Y entretanto Irene sufría lo indecible en su encierro.

Aunque no sentía remordimiento, porque no consideraba digno de ella a la víctima de quien sólo recordaba monstruosidades, la idea del homicidio cometido se había convertido para ella en una obsesión torturante y durante las noches, las noches oscuras y silenciosas de la celda, no podía cerrar los ojos sin que en su mente se reconstituiera la escena trágica.

El mundo exterior no le importaba. Leía con indiferencia los periódicos cuya mayoría la acusaban sistemáticamente y para eso sólo tenía un encogimiento de hombros despreciativo.

La sociedad... la sociedad... Ella había sido la culpable de todo for-

zándola o forzando a sus padres a unirle a un hombre al que no amaba, para cubrir mezquinas apariencias. ¡Cuanto más le hubiera valido una pobreza tranquila y alegre y cuánto mejor librado habría salido su honor!

Nada, nada en el mundo le importaba ya. Las que se titularon sus amigas eran las únicas mujeres que ni siquiera sentían ese espíritu de solidaridad ante el peligro que se advertía en la masa del pueblo. Las que tantas veces frecuentaron sus salones la hundían ahora con sus declaraciones hipócritas en que sin decir nada decían mucho más que si la hubieran acusado francamente. ¡Y pensar que por aquella sociedad había ella sacrificado su dicha! ¡Y pensar que por aquella sociedad se había negado Andrés a ser feliz y a hacerla feliz a ella!

"No quiero que sufra tu reputación". Estas eran siempre las palabras de su mejor argumento.

Y su reputación, a pesar de comportarse como una esposa respetuosa y fiel, mártir y abnegada, se iba hundiendo en el barro de la maledicencia, impulsada por la perversidad morbosa de un hombre sin conciencia.

Estuvo unos días incomunicada y luego le permitieron asomarse al mundo. Pero más le hubiera valido continuar en su forzado aislamiento. La gente, incapaz de dar una prueba real, la inventaba con rara complacencia. Ansiosa de sensacionalismo, quería a toda costa que ella apareciera como una delincuente cruel, especie de Landré femenino. ¡Oh! ¡Cuánto hubieran gozado ellos leyendo escalofriantes declaraciones en los periódicos!

No quería ver a nadie. Se negaba en redondo a recibir a los informadores de los periódicos, aunque éstos le adelantaban que iban a hacerle un favor publicando lo que ella dijera y asegurando que había hablado con sinceridad.

No, no quería favores de nadie, no quería que aquel ansioso público que tomaba su desdicha por un espectáculo hiciera nada por ella.

Lo único que le preocupaba era su conciencia: el confuso debate que en ella se había entablado. Por encima de todas las justificaciones estaba el hecho de que su mano había disparado un revólver causando la muerte a un ser de la tierra.

Si ella supiera que se iba a dar un fallo justo, que se iban a tener

en cuenta los innumerables atenuantes que ella tenía para haber obrado como obró, inmediatamente se confesaría autora del homicidio, pero la idea de que iba a cometer un nuevo delito consigo misma hundiéndose voluntariamente en castigo que no tenía proporción con los hechos, la detenía.

¿Acaso no era un deber defenderse a sí misma? ¿No hacía la ley algo semejante al autorizar que un fiscal y un defensor hicieran afirmaciones absolutamente contrarias con lo que quedaba demostrado que unas u otras eran falsas?

Y si uno de los dos magistrados sostenían cosas que no eran ciertas, ¿cómo no iba a hacerlo ella que era la interesada?

Esto y un par de visitas que le había hecho Lassalle le daban fuerzas para seguir negando por encima de todas las contradicciones.

Pero esto sólo lo hacía como un deber. En el fondo no le importaba gran cosa que se descubriera o no su culpabilidad.

Encarcelada o libre era evidente que iba a ser sumamente desgraciada por el resto de su vida.

En el mundo se le haría un gran vacío, o mejor dicho, procuraría ha-

cérselo ella. No tenía medios de vida y habría de emprender una lucha de la que dudaba pudiera salir con bien.

¿Para qué, pues, quería la libertad?

En Andrés no quería ni siquiera pensar. Aunque la echaran a la calle creyéndola inocente, aunque él no pudiera saber nunca que su mano había disparado el revólver que mató a Charles, ella no tendría valor para presentarse ante él y menos para engañarle.

La nobleza y la sinceridad habían presidido siempre todos los actos de los dos. No, no mancharía con la mentira la pureza de aquel afecto.

Andrés había terminado para ella y Andrés era lo único que le interesaba en el mundo. Por consiguiente, era como si el mundo hubiera terminado para Irene.

Sin embargo, una idea ocupaba constantemente el magín de la procesada. ¿Habría llegado la noticia a oídos de Andrés? Seguramente había llegado. ¿La creería culpable o inocente?

A este propósito recordaba que en otra ocasión había tenido fe en ella por encima de todas las apariencias y opiniones de los demás.

Fué cuando sus familiares los separaron.

Pero ahora era distinto. Andrés sabía la persecución que de ella hacía Charles, los sufrimientos de que rodeaba su vida... Es más, ella le había dicho o dejado entrever a Andrés que no estaba segura del alcance de su paciencia si el sufrimiento se prolongaba indefinidamente.

Nada la acusaba de un modo evidente, pero la acusaba todo. La muerte había ocurrido en su habitación. No era lógico que estuviera nadie más que ella en aquel lado de la casa. Era del dominio público la desconfianza que en ella tenía su

esposo y los criados habían sido testigos de algunas escenas desagradables. Un detective a quien la víctima había encomendado el espionaje de su esposa estaba seguro de haberla visto repetidas veces con un joven, al que ella acogía con amabilidad.

Estos eran los puntos sobre los que los periódicos ardían sus fantásticas novelas; esta era la base del folletín inventado por la masa popular.

Pero ¿creería Andrés en todo eso?

Una amarga sonrisa seguía siempre a esta pregunta mental y luego se decía:

—Eso no lo sabré nunca.

X

Entretanto, Pierre curó de la herida "que se había producido al caer del auto" y un día se presentó ante su padre con una demanda que le horrorizó.

—Papá, deseo visitar a Irene.

Laessalle dejó a un lado el periódico que estaba leyendo y se quedó mirando fijamente a su hijo.

—No, Pierre. No harás eso.

—Papá, lo que yo he hecho es una cobardía. La he abandonado en el peligro. Huí de su lado cuando más me necesitaba.

—Te he prometido que la salvaré y eso debe bastarte. Ya cometiste una locura: enamorarte de esa mujer. No agraves ahora la situación con otra imprudencia.

—Yo tengo entendido, papá, que

no es ese tu sistema de obrar en la vida. Tú has sido siempre, y por encima de todo, un caballero.

—Y así quiero que seas tú.

—Entonces...

—No debes ir a visitar a Irene, no debes volver a pensar en ella. ¿Quieres perderla y perderte tú? Una imprudencia podría hundiros a los dos en las mayores calamidades. Se sabe que habéis paseado juntos muchas veces, se sospecha que esos paseos tenían una finalidad pecaminosa. Piensa en lo que ocurriría si a la policía le diera por relacionar el hallazgo de una figura rota junto al cadáver, con la herida que aquella misma noche te produjiste *tú mismo* en la cabeza. Entonces no habría salvación posible pa-

ra Irene ni para ti. Y sobre esa mujer heroica y magnífica caería, además de la acusación del asesinato otra más terrible: la del adulterio. ¡Bárbara injusticia! ¡Sospechar que una mujer como Irene, un espíritu tan alto como ella me ha dado pruebas de poseer, pueda acceder a ser la amante de un muchacho y que además es hijo de un amigo!

Hizo una pausa, cogió a Pierre por los hombros y añadió:

—Y tú, hijo mío, ¿te has dado cuenta de lo que eso significaría para ti? En vez de ir a las aulas de una universidad irías a las celdas de una cárcel. Toda la vida está delante de ti y la malograrias cuando comienza a florecer. No, Pierre, no. No sería yo un buen padre si consintiera semejante suicidio. No he mentido nunca, pero mentiré ahora, mejor dicho, insistiré en la mentira que ya han pronunciado mis labios paternales. Mentí cuando atribuí tu herida a una caída del auto. Y seguiré mintiendo por salvarte, por salvar a mi hijo. Esto es noble, esto es lo que hace un caballero. Y volveré a mentir por Irene, por esa

santa mujer que merece también de mí que me porte como un caballero, como un caballero que sabe sacrificarse.

—¿Qué vas a decir?

—No te importe eso, Pierre. Tú ahora tienes otras muchas cosas que pensar. Has de comenzar, aunque con un poco de retraso, tus estudios. La universidad te llama.

—Te he oído decir, papá, que se había mezclado mi nombre a ciertas infamias dirigidas contra Irene. ¿No necesitarán mi declaración?

—Ya veremos. Si te necesitan será cuando se vea la causa y eso tardará aún unos cuantos meses en llegar. Tendrás tiempo de terminar todo este curso. Pero no debes pensar en eso. Déjame a mí ese trabajo.

El tono y las palabras de Lassalle habían conmovido profundamente a su hijo.

—Comprendo lo que me dices, papá. Me parece que empiezo a comprender que he sido un imprudente.

Y Pierre partió al día siguiente hacia la universidad.

* * *

Tenía razón Irene al sospechar que la noticia había llegado a oídos de Andrés.

Los periódicos de toda Francia habían dedicado muchas columnas al caso de la señora de Gurry, que éste era el apellido de la víctima.

La emoción de Andrés fué indecible al saber el peligro en que se hallaba Irene.

No le preocupó la idea que tanto inquietaba a la fiel amada. Desde el primer momento y ciegamente, sin reflexionar ni buscar argumentos de convicción, se dijo que era inocente.

¿Habría disparado el revólver? ¿Lo habría disparado el mismo Charles? No pensó en esto. Se dijo sencillamente que Irene no podía

ser culpable, que era inocente por encima de todas las suposiciones e incluso de todos los hechos.

Tenía entre manos asuntos de mucha importancia, pero los trasladó a otro abogado. Esto le costó indisponerse con algunos clientes pero ¿qué importaba a Andrés en aquel trance nada que no fuera aquella pobre víctima en que no cesaba de cebarse la desgracia?

¿Qué le importaba el dinero, ni el triunfo, ni nada en el mundo estando Irene encarcelada y humillada por una tan grave acusación?

Tomó el tren apenas hubo arreglado sus asuntos más imprescindibles y al llegar a Lyon le faltó el tiempo para ir a visitar a la reclusa.

XI

Al oír pronunciar su nombre, Irene, que se hallaba en uno de sus frecuentes estados de anonadamiento, experimentó una convulsión que causó la extrañeza del carcelero.

—Es el famoso abogado Andrés Dubail—dijo el hombre extrañado de que no le hubiera hecho pasar en seguida.

—Pues bien, dígame al abogado Andrés Dubail que no puedo recibirle.

El carcelero se fué mirándola con la misma expresión que si se hallara ante una demente.

Reapareció poco después, pero Irene no le dejó hablar.

—He dicho que no puedo recibir a nadie.

—A mí, sí.

Detrás del carcelero había entrado Andrés.

Allí estaba, ante ella, mirándola enérgicamente como podría mirar un padre a una niña rebelde.

—Váyase—dijo al carcelero—. Soy el abogado de la señora.

El pobre hombre se marchó haciendo una profunda reverencia.

Andrés continuaba impávido en medio de la estancia, mirándola con fascinadora firmeza.

Ella se dió por vencida.

Con un gesto de doloroso desmayo se dejó caer en el único asiento de la celda.

—¿Por qué has venido? No quiero verte mezclado en este asunto.

—Pero, Irene, ¿me crees capaz de abandonarte en este trance?

—Es el trance más doloroso de mi vida, pero yo no puedo aceptar tu ayuda. Es la única vez que rechazo tu apoyo.

—¡Qué disparate, Irene! ¡Cualquiera diría que no me conoces si me crees capaz de aceptar esa locura.

—Es que no quiero verte mezclado en este asunto. Ya te lo he dicho.

—Pero ¿quién puede hacer tu defensa mejor que yo?

—No quiero que me defienda nadie. Que sea lo que Dios quiera.

—¡Qué inocente eres, Irene! En estos asuntos no hay que confiarse al destino porque siempre sale uno mal librado. Hay que trabajar, que trabajar mucho; hay que luchar con la maldad de los hombres. ¿Y quién puede hacerlo mejor que yo en este caso?

—¿Sabes que algún abogado ha rehusado defenderme?

—Más motivo para que te defienda yo. Si no me hubieran de servir los estudios y el título para un caso como éste en que el interés del hombre se une al interés del abogado, dejaría inmediatamente mi carrera. Jamás se me ha ofrecido el caso de luchar con tanta pasión y con tanto empeño. Irene, este será mi

mayor triunfo. ¿Y pensar que ha habido quien no ha sabido leer la inocencia que proclaman mis ojos!

Ella se levantó y le cogió las manos con gesto entusiasta.

—¡Andrés, Andrés! ¿De veras crees en mi inocencia?

—No he dudado un momento de ella, Irene.

—Pero si no sabes nada de lo que ha sucedido...

—Lo sabré... pero después de decirte que estoy convencido de tu inocencia.

—Gracias, gracias, Andrés—exclamó ella conmovida.

—¿Gracias por qué? No te amaría si no lo creyera así.

—¿Por encima de todas las... apariencias?

—Por encima de todo, Irene. Me dirías tú misma: "Yo maté a Charles". Y yo te contestaría: "Eres inocente".

—Bendito seas, Andrés.

—Pero ahora pensemos que estamos frente a la justicia. Necesito prepararme, necesito saber todo lo que sucedió.

Ella le contempló con espanto. ¿Cómo podría decirle todo cuanto sucedió? Y no decirle la verdad

mentirle, mentirle por primera vez... eso tampoco lo quería.

Fué una lucha rápida pero desesperada.

Oyó que preguntaba Andrés:

—Dime, ¿qué sucedió aquella noche?

Y fué un impulso del corazón el que la hizo mentir.

—Yo no sé nada. Sólo puedo decirte que al entrar en mi habitación le encontré tendido en el suelo.

Le pareció que se había quitado un gran peso de encima cuando hubo pronunciado estas palabras.

Había contestado exactamente igual que cuando el odioso inspector la estrechaba a preguntas. Esto le dolió, pero una voz surgida del fondo de su alma le decía: "Sigue, sigue negando".

Y comprendió que era la voz del amor, de aquel mismo amor que siempre la había impulsado a ser sincera.

Ahora la situación era distinta y el amor la hacía mentir.

—¿Dónde estabas tú cuando ocurrió el suceso?

—En el jardín... al otro lado de la casa... adonde no podían llegar los ruidos por fuertes que fueran.

Se compadeció a sí misma. ¡Cuán

débil se estaba mostrando! ¡Qué cobarde era! Una profunda vergüenza la invadió.

Y evitó la nueva pregunta de Andrés.

—No me preguntes más. ¿No comprendes que me torturas?

—Es preciso, Irene. Así terminaremos pronto y no te volveré a molestar.

—Lo mismo, lo mismo dijo el inspector—exclamó Irene aterrada.

Y temiendo que con hábiles preguntas la hiciera incurrir en acusadoras contradicciones se negó a seguir contestando.

—No me preguntes más, que nada te diré.

Y se retorció las manos dolorosamente.

—Irene, Irene... es preciso... necesito, necesitamos tu libertad... No volvamos a consentir que el mundo nos separe.

Una sonrisa de infinita amargura quebró la boca de Irene.

—El mundo nos ha separado siempre, y ahora nos separará de un modo más irrevocable que nunca.

Algo fué Andrés a decir. Alguna protesta acaso. Pero ella lo impidió.

—Vete, vete; no me preguntes más. Nada podría decirte ahora.

—Bien, Irene, no te haré ninguna pregunta. Pero permíteme que permanezca un rato contigo. Estás muy nerviosa, mi pobre Irene. No puedo dejarte así.

—Sí, sí, déjame; lo que necesito es soledad... descansar... acaso duerma un poco.

—Bueno, me marcharé. Pero antes dime: ¿Conoces a alguien que pueda ser un testigo favorable a la defensa?

—Sí, conozco uno, uno sólo.

—¿Quién?

—Lassalle.

—¿El socio de...?

—Sí, el socio—dijo Irene sin dejarle pronunciar el nombre de Charles.

Inmediatamente se dirigió Andrés a casa de Lassalle y estuvo hablando con él más de dos horas.

Cuando salió de aquella casa se mostraba sumamente contento, como si hubiera encontrado la clave de la inculpabilidad de Irene.

XII

El día en que se vió la causa, la gente formaba largas colas ante la Audiencia desde mucho antes de la hora anunciada para la vista.

Hacia mucho tiempo que un acto de esta especie no despertara interés semejante.

La primera página de los periódicos se había dedicado el día anterior a los retratos de Irene, de Andrés, su famoso abogado defensor, y de Charles. Debajo de cada uno de ellos había un pie sensacional.

"La señora de Guarry. Misterio, complejidad, belleza. ¿Es culpable? ¿Es inocente?" "Andrés Dubail, el abogado defensor de la acusada. Ha declarado a los reporteros que si no obtiene un triunfo completo en esta causa, dejará los asuntos de la abo-

gacia". "Charles Guarry, víctima de este todavía inexplicable suceso".

En las colas abundaba el elemento femenino. Modistillas que habían dejado el trabajo sólo por ver el vestido de la acusada, esposas jóvenes que no habían podido resistir a la curiosidad de ver cómo quedaba una mujer que había dado muerte a "su tirano", o, cuando menos, se suponía que había sido así.

No pensaban ellas hacer lo mismo con sus esposos ni mucho menos, pero querían saber hasta qué punto ayudaba la justicia al hombre frente a la mujer.

También se veían muchachos jóvenes de pálido rostro, artistas u buen seguro que querían sorprender el gesto del supremo dolor para

trasladarlo a un cuadro, o escritores que buscaban una protagonista sensacional y de carácter para sus novelas.

Cuando se abrieron las puertas de la sala, un alud de gente entró atropellándose y ocupó en un instante todos los asientos.

Muchos se quedaron de pie, y muchos más se quedaron en la calle.

Cuando entraron los magistrados, un amplio y continuado rumor se oyó en la sala. Todos buscaron con los ojos el rostro del joven defensor, figura romántica de aquella novela, cuya imagen había recorrido el día anterior todas las rotativas de los periódicos franceses.

Pero Andrés Dubail no estaba entre aquellos graves señores.

¿Esperaba a salir el último como los buenos artistas en el teatro?

Un hombre lanzó esta hipótesis y una mujer contestó:

—Estará dentro, con "ella", atendiéndola, dándole ánimos...

—¿Ni que fueran novios!

—No hace falta eso para ser galante con una mujer.

—Con una mujer que ha cometido un crimen.

—Eso no lo sabe nadie. Es más, estoy segura de que es inocente.

Habían ido levantando la voz cada vez más y la consecuencia de ello fué un concierto de siseos que llenó la sala.

Todos miraron hacia el estrado.

Acababa de aparecer la arrogante figura del abogado defensor.

—Es guapo—comentó una.

—Y parece muy simpático—repuso otra.

—No me extrañaría que "ella" se enamorara de él.

—A mí tampoco. Yo, en su lugar, ya me habría enamorado.

Un nuevo siseo y se vió salir a Irene, envuelta en rigurosos lutos que contrastaban con la blancura de nieve de su rostro, donde se traslucían las huellas de un largo martirio.

Esta vez el rumor se prolongó hasta que el presidente hizo sonar la campanilla.

Estaba realmente hermosa la acusada. Se comprendía que una mujer así hubiera sido causa de un suceso como el que allí se iba a ventilar.

Irene daba visibles muestras de emoción. Atendiendo a las demandas de su abogado se había consen-

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

tido que la acompañara una enfermera y ésta hubo de hacerle tomar un calmante apenas entraron en la sala.

Estaba magnífica en su dolor. Sobre el rostro blanco resaltaban los

cercos azulados de las ojeras dando a sus ojos un tono de misterio.

Tenía razón la muchacha del público. El abogado defensor no podía menos de estar enamorado de ella.

* * *

El fiscal comenzó su interrogatorio.

—¿Amaba usted a su marido?

—He jurado decir verdad y no puedo contestar a esa pregunta.

—Está bien, la considero contestada.

—Y como consecuencia de ese amor ¿no es cierto que usted buscó alivio para su mal en un amor verdadero?

—Sólo le diré que he sido fiel a mi marido y que no tengo nada que reprocharme sobre este punto.

—Sin embargo, la gente hizo correr el rumor de que...

—No me importa la opinión de la gente.

—Ajuste las respuestas a mis preguntas. Es cierto que...

—Es inútil, señor fiscal. Contra las recomendaciones de mi abogado defensor declaro desde este momento que no responderé a ninguna pregunta que tenga visos de insulto.

Y como todas las nuevas preguntas del fiscal eran de esa clase, Irene guardó un altivo silencio.

* * *

Se levantó el abogado defensor entre una emoción general.

Se hizo en la sala un silencio religioso.

—Muy poco tengo que decir— declaró con naturalidad—. Las acusaciones del señor fiscal son tan burdas, tan gratuitas, tan caprichosas que se rebaten por sí mismas. Sólo interrogaré a un testigo. Pero antes haré algunas preguntas a otro que pertenecía al ministerio fiscal y que éste ha despreciado. Señor presidente, solicito que entre el detective cuyas acusaciones sobre mi patrocinada figuran en el sumario.

El Presidente accedió y entró el detective al que Charles había encargado el espionaje de su mujer.

—Diga usted, ¿es cierto que ha visto usted varias veces a la acusada con el joven Pierre Lassalle?

—Sí, lo menos una docena de veces.

—¿Y qué hacían cuando se encontraban? Diga usted exactamente todo lo que recuerde.

—Como solían encontrarse cuando la acusada iba a compras, Pierre Lassalle le cogía los paquetes.

—Perfectamente. ¿Y no se ha dado también el caso más de una vez que la acusada le entregaba su perro para que lo llevara a pasear?

—Sí, señor, más de una vez.

—¿Qué otros detalles observó usted?

—El le hablaba con entusiasmo.

—¿Y ella?

—Ella solía reírse.

—Está bien. Puede retirarse.

Y continuó su discurso dirigiéndose a la sala:

—Ya lo han oído ustedes. Pierre Lassalle llevaba los paquetes y sacaba los perros a pasear. Le hablaba en tono vehemente y ella se reía. ¿Quién puede tomar en serio este

amor de un muchacho que ha terminado su primer curso en la universidad? Y ella era quien menos en serio lo tomaba. Ella se reía. Esto ha sido todo lo que un sagaz detective ha podido descubrir en los "monstruosos amores". Y esta ha sido la base de la campaña que contra mi patrocinada se ha realizado. ¿Puede darse nada más pueril, porque eso ni siquiera puede denominarse perverso? Señores, para terminar, digo que no hay ninguna, absolutamente ninguna prueba sobre la culpabilidad de la acusada, y que, sin embargo, yo poseo la demostración de que esta mujer es inocente.

Todos le miraron con asombro y acaso la más asombrada fué la propia Irene.

—Sí, señores, yo creo poder probar que Charles Guarry no fué asesinado, sino que se suicidó. Señor Presidente, descoo interrogar a mi único testigo.

Con la venia del Presidente, entró Lassalle y llegó hasta el estrado.

—Señor Lassalle, cuente usted mismo todo lo que sucedió entre usted y la víctima la noche del incidente.

—Mi amigo Guarry estaba arrui-

nado. Eso era ya del dominio público. La noche del suceso vino a mi casa a solicitar mi ayuda económica. Estaba realmente angustiado y sentí muy de veras no poderle complacer. Era la primera vez que yo le negaba un favor a mi gran amigo. Pero no podía hacer nada por él. Aquel mismo día me habían comunicado que uno de mis negocios quebraría si no recurría a mi fortuna particular y envié cuanto tenía. Lo poco que me quedaba era insuficiente para cubrir los múltiples compromisos de mi socio. Mi negativa le produjo tremenda impresión. "Entonces—dijo—ya no hay remedio; se acerca el fin; se acabó todo". Y salió. Vacilaba como si estuviera ebrio. Media hora después un criado de Guarry me comunicaba la fatal noticia.

—Basta. Puede usted retirarse—dijo el abogado defensor y añadió, dirigiéndose al Presidente:

—No tengo nada más que decir.

Los magistrados se retiraron a deliberar y la deliberación fué muy breve.

La absolución de Irene fué acogida con tal entusiasmo que sólo se pudo poner fin a él despejando la sala.



En el pasillo se encontró Irene con Pierre.

Retrocedió sobresaltada. ¿En qué nuevo conflicto iría a sumirla?

—Irene, ahora que es usted libre, le diré que aquella noche lo comprendí todo.

—¿Qué comprendió usted?

—Que me amaba. ¿Por qué, si no, iba a hacer lo que hizo?

—Se equivocó usted. Le defendí como hubiera defendido a otro cualquiera que se hallara en su caso.

—Entonces ¿por qué no dijo la verdad a Andrés? Un abogado es como un confesor y no hay por qué ocultarle nada... Pero yo sé por qué ha mentido usted a su antiguo novio. Usted le amaba, mejor dicho, le seguía amando, y al amarme a mí traicionaba, no a su marido, sino a Andrés.

—Siempre tan chiquillo.

—Habría observado, Irene, he tenido la prudencia, antes de hablarle

de esto, de esperar a que se marchara la gente. No tema usted, nadie sabrá nada... y menos Andrés.

—Pues se equivoca. Andrés va a saberlo en seguida. Se lo voy a decir yo. ¿Se convencerá usted ahora de que no le amo ni le he amado nunca, ni le amaré? ¿Saldrá al fin de su pueril obstinación? ¿Dejará de ser niño para convertirse en hombre?

Y le volvió la espalda, para dirigirse a la sala, donde Andrés permanecía aún arreglando sus papeles.

El se dirigió a ella con las manos tendidas.

—Felicítame, Irene, he conseguido el mejor triunfo y el pago más espléndido.

Pero ella se limitó a mirarle a los ojos sin pestañear.

—Andrés, tengo algo muy importante que decirte.

—No creo que en este momento

haya nada tan importante como nuestro amor.

—Andrés, ese amor se desvanecerá como el humo cuando oigas mi confesión.

—Te equivocas, Irene. Nada podrá hacer que yo deje de amarte.

—Oyeme. Mi marido no se suicidó.

Andrés no pudo evitar un estremecimiento.

—No se suicidó—insistió Irene con heroica firmeza—. Fui yo quien lo maté.

El la miraba anonadado.

—Te lo explicaré todo. Te contaré ahora lo que no tuve valor para contarte cuando viniste a defenderme.

Y brevemente, con un tono en el que resplandecía una amarga sinceridad, explicó a Andrés todo lo ocurrido aquel trágico día, desde que Pierre le pidiera el retrato hasta que Charles les sorprendiera dándose un beso.

Inconscientemente, sin propósito de justificarse ante los ojos del amado, sus ojos echaron fuego y sus

manos se crisparon cuando hubo de referir los bárbaros insultos que Charles le dirigió y cuando contó cómo asía del cuello al caído que no podía defenderse y se disponía a asesinarlo con toda la cobardía y el placer de que era capaz su corrompido corazón.

Cuando terminó, un sollozo se escapó involuntariamente de su pecho.

—No te pido que me creas. Te mentí una vez y comprendo que dudes ahora de mi sinceridad.

Dijo esto con la mirada fija en el suelo y su sorpresa fué enorme cuando sintió que un brazo de Andrés le rodeaba el talle y cuando oyó que le decía, con aquel tono suyo, tan dulce, tan penetrante:

—¿Cómo no he de creerte si te amo?

—¡Andrés! ¿De veras me sigues queriendo a pesar de todo?

—Es más, Irene, sigo creyendo en tu inocencia.

Y allí mismo se dieron el primer beso, un beso largo y dulcísimo que tuvo reflejos de aurora en aquellas dos almas hechas para amarse.

F I N



La maravillosa produccion de
LOS ARTISTAS ASOCIADOS

Ella se va a la guerra

por

**Eleanor Boardman
John Holland
Al St John**

y

Edmund Burns

¡Sensacional asunto!

¡Siempre lo mejor entre lo mejor!



COLECCIONE USTED

los lujosos libros de las ediciones especiales de
La Novela Semanal Cinematográfica

LIBROS PUBLICADOS:

La Viuda Alegre.—El Gran Desfile.—Miguel Strogoff
o El Correo del Zar.—La princesa que supo amar.
El coche número 13.—Sin familia.—Mare Nostrum.
Nantás, el hombre que se vendió.—Cobra.—El fin de
Montecarlo.—Vida bohemia.—Zazá.—¡Adiós, juven-
tud!—El Judío errante.—La mujer desnuda.—Casa-
nova.—Hotel Imperial.—La tía Ramona.—Don Juan,
el burlador de Sevilla.—Noche Nupcial.—El Séptimo
Cielo.—Beau Geste.—Los Vencedores del Fuego.—La
Mariposa de Oro.—Ben-Hur.—El Demonio y la Carne
La Castellana del Líbano.—La Tierra de todos.—Tri-
poll.—El Rey de Reyes.—La ciudad castigada.—Sangre
y Arena.—Aguijas triunfantes.—El Sargento Malacara.
El Capitán Sorrell.—El Jardín del Edén.—La Princesa
mártir.—Ramona.—Dos Amantes.—El Príncipe estu-
diente.—Ana Karenina.—El destino de la carne.—La
mujer divina.—Alas.—Cuatro hijos.—El carnaval de
Venecia.—El ángel de la calle.—La última cita.—El
enemigo.—Amantes.—Moulin Rouge.—La Ballarina
de la Opera.—Ben-Ali.—Los Cuatro Diablos.—¡Ríe,
payaso, ríe!—Volga, Volga.—La Sinfonía Patética.
Un cierto muchacho.—¡Nostalgia!—La ruta de Sin-
gapore.—La Actriz.—Mister Wu.—Renacer.—El des-
pertar.—Las tres pasiones.—La melodía del amor.
Cristina la Holandesita.—¡Viva Madrid, que es mi pue-
blo!—Sombras blancas.—La copla andaluza.—Los
cosacos.—learos.—El conde de Montecristo.—La mujer
ligera.—Virgenes modernas.—El Pagano de Tahití.—
Estrellas dichosas.—Esto es el cielo.—La senda del 98
Espejismos.—Evangeline.—Orquídeas salvajes.—El
caballero.—Egoísmo.—La Máscara del Diablo.—El
pan nuestro de cada día.—Vieja hidalguía.—Posesión.
Tentación y La pecadora.

que han constituido otros tantos éxitos para esta Colec-
ción, la cual será considerada la Biblioteca más amena,
selecta e interesante.

INSUPERABLE ÉXITO

de la novela

La vida, el deseo y la víctima

original de

Alfonso Vidal y Planas

Obra cumbre del ilustre
y popularísimo novelista
y dramaturgo, cuyas produc-
ciones famosas (**Santa Isa-
bel de Ceres, Cielo y
Fango, A hombros de la
Adversidad**, etc., etc.) han
sido traducidas a los más
importantes idiomas

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.
Barcelona: Barbàra, 16. — Madrid: Ferraz, 21.

VEA LISTED

La Novela Cinematográfica del Hogar

que acaba de aparecer:

Digna compañera de **La Novela
Semanal Cinematográfica**,
publica los mejores asuntos
del día.

48 páginas de **buena literatura**

7 ilustraciones en el texto

POSTAL REGALO BICOLOR

Precio popular: **30 cts.**



SALE LOS SÁBADOS

Números publicados:

Puertas cerradas, por Virginia Valls

Madre pecadora, por Irene Rich

Estrella simbólica, por George O'Brien y
dua Carol

La losa del pasado, por Donald Keith y
Helen Foster

La mujer de Satanás, por Marcia Albani y
Jack Trevor

Jimmy, el misterioso, por William Haines y
Lella Hyams

Nueva mujer, nueva vida, por Pat O'Ma-
lley, Dorothy
Seabell y Harry Murray

Amanecer, por Janet Gaynor y George O'Brien

¡GRAN ÉXITO!

La Novela Eva

(Publicación semanal de novelas modernas)

Números publicados:

La rubia del taxímetro.—La manicura que no sabía decir que no.—Santa Madrona.—Impresión... eléctrica.—Encarna, la enigmática.—Casada... y como si nada.—Cuatro maridos.—El caso de Clarita.—Lasota es un "as".—Por la cuenta de nueve.—El lunar de Magda.—Tres... eran tres.—Claudina tiene un amante.—Una morena y una rubia.—Pensión a todo estar.—¡Caray con la inocencia!—El capricho.—El tiro por la culata.—Juanita, la loca.—La aprendiz de modelo.—Amor y garbanzos.—El coleccionista de mujeres.—Sombras de burdel.—La impaciente Millán.—Las romanas caprichosas

Próximo número:

Las «rodilleras»

ILUSTRACIONES EN EL TEXTO

SALE LOS VIERNES

Precio: 30 céntimos

La Novela Adán

(Publicación semanal de novelas modernas)

Números publicados:

Yo quiero un novio.—En busca de una Venus.—Pero, mamá, ¡él es tan feo!—La primera vez.—Nieve derretida.—Don Casto.—La familia de mi marido.—¡Oh, la moral!

Próximo número:

Las aventuras de Perico

SALE LOS MARTES

Precio: 30 céntimos

Los éxitos del cine sonoro

FOLLIES 1929

Broadway Melody

LETRA Y MÚSICA

El mundo al revés

Casados en Hollywood

Un plato a la americana

Acaba de aparecer:

Noches de Broadway

por

Sally O'Neill, Carmel Myers y Jack Egan

Precio: **50 céntimos**

La Novela para todos

(Publicación semanal de novelas para todos los gustos)

NÚMEROS PUBLICADOS:

**Mary la buena, Mary la mala
La que no pudo ser mala
La estrella de los montes
Ella, El y el Perro
Alicia, la divina amante
Una mujer extraña
Se necesita un socio capitalista
Gente de ahora
La Nochebuena en el Penal
Marta, prima de Gertrudis
El Cantador de Tangos
Mercedes, Paco y el otro
Si me engañas...
El tímido y el audaz
Señorita de ciudad
Una mujer, un hombre, una ciudad
Dos mujeres y un hombre
¡Tu mujer es muy bonita!
El maleficio de una mujer
El león, con ser león...
El caso del doctor González
Marión, la compasiva**

COLABORACIÓN SELECTA EXCLUSIVAMENTE
NACIONAL

SALE LOS MIÉRCOLES

Ilustraciones en el texto

Precio: **30 cts.**

Las mejores novelas de cine son:

La Novela Semanal Cinematográfica

La Novela Cinematográfica del Hogar

Los Grandes Films de

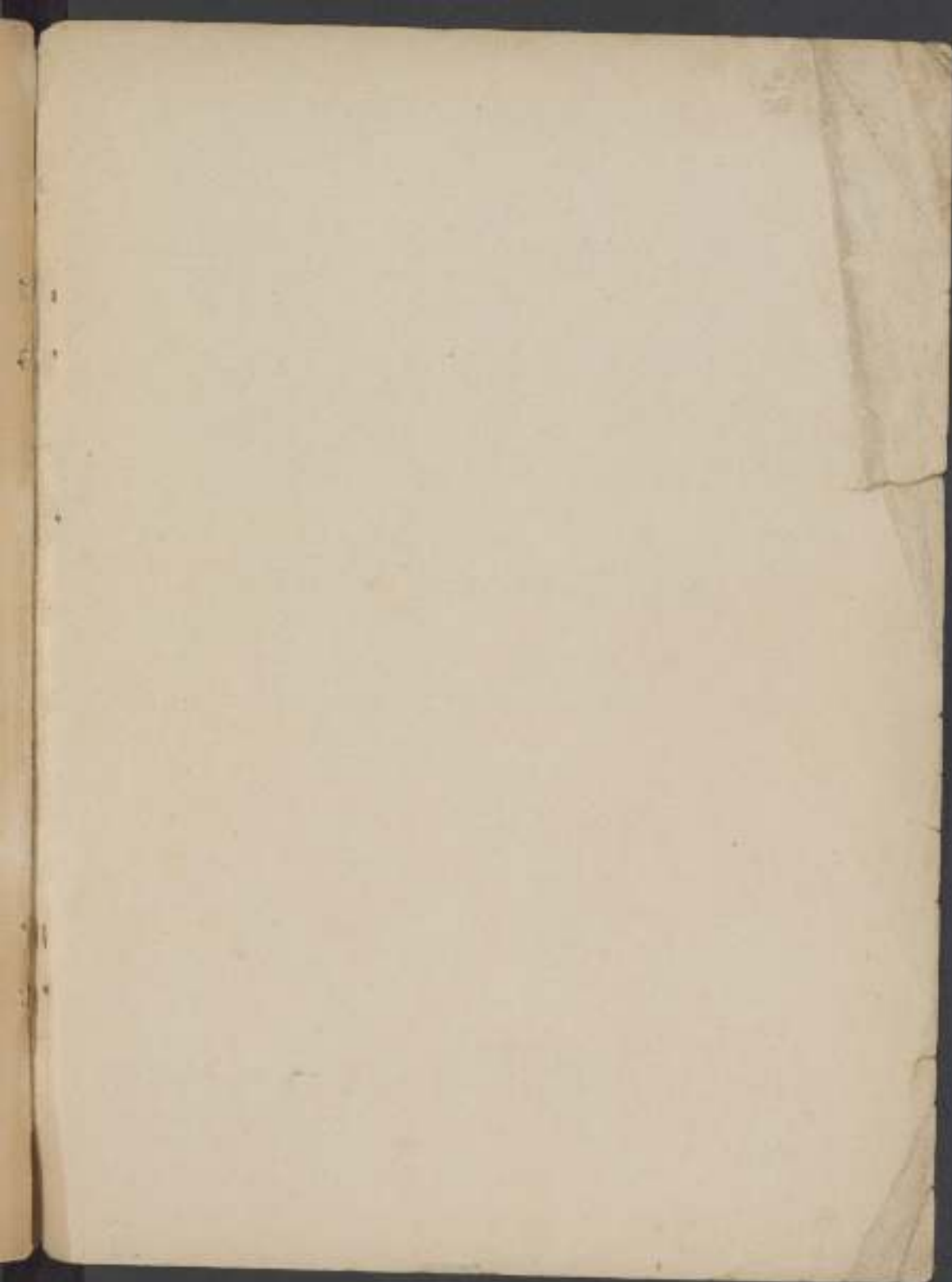
La Novela Semanal Cinematográfica

y las selectas Ediciones Especiales de

La Novela Semanal Cinematográfica

¡Siempre lo mejor!





EB

8
Precio: Una peseta